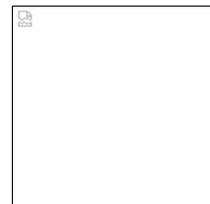
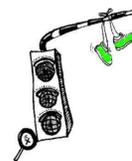


El lector.  
De Antonio Campillo Prada



galería: María Alejandra Loza



#### El lector



"Creo que ahora tendré que pedir permiso para morir un poco. Con permiso, ¿eh? No tardo. Gracias"... Dijo Gustavo cuando caminó con pasos exagerados, fingiendo tener un periódico en las manos, antes de meterse a la cocina por una cerveza. Todos desde la sala soltaron la risa. Todos, menos Néstor.

A la mañana siguiente Néstor Aguirre llegó hasta el separador de la avenida 27. Recordó algunos detalles que vivió hacía apenas unas horas en compañía de sus viejos amigos. Para los que no conocen la ciudad, la 27 es el lugar donde se congregan sus habitantes los días de fiesta; o cuando llega la fecha de participar en la maratón que auspicia, hace años, una clínica del sur. Ese día se cierra la avenida y el personal del centro de salud reparte calcomanías y cachuchas blancas que llevan escrito en letra roja: "corre por tu vida".

Casi siempre el premio gordo de la competencia se lo llevan los nigerianos que nos visitan cada año. Cuando vienen, apenas se ve pasar el bulto de sombras calzando tenis fluorescentes. La salida y la meta siempre la ponen en el parque Turbay; por ahí pasan los africanos con la pancita negra echada hacia adelante, revientan la cinta de la victoria con los brazos arriba, brillantes por el sudor, y piensan en su lejana África desde el suelo llamado Bucaramanga.

Precisamente fue en un punto de aquella avenida de la ciudad donde se detuvo Néstor Aguirre Zambrano de 38 años. Nadie imaginó que aquel hombre se disponía a leer el periódico en pleno separador de la autopista. Una persona razonable buscaría actualizarse en la tranquilidad de una banca de un parque, bajo las sombras de las palmeras; o por los pesos de un tinto, cualquiera tiene derecho a sentarse en una mesita disponible de un café.

Néstor liberó el periódico que traía aprisionado bajo uno de sus brazos; los automóviles, a lado y lado de la autopista pasaban continuamente a gran velocidad.



El hombre acercó el papel hasta su rostro, como si tratara de leer la letra menudita de una contratación. El esfuerzo de aguzar la mirada lo mareo por unos instantes; incluso estuvo con el cuerpo doblado a punto de vomitar. Al final se contuvo, solo expulsó un chorro abundante de saliva.



Continuó tambaleándose en el separador de la vía con un periódico en las manos que no le interesaba leer. La primera vez que intentó ojear una página se le movieron las letras. En realidad, no había podido quitarse de la cabeza lo que dijo su amigo Gustavo la noche inmediatamente anterior, antes de que éste fuera a la nevera por la última cerveza de la velada. Ese día, después de salir de la oficina se reunieron un grupo de compañeros en casa de Gustavo. Pasada la media noche empezó una discusión a raíz de la pregunta de alguien que quería saber cuál era la mejor manera de quitarse la vida un cobarde sin remedio. Con un poco de atención, cualquiera se hubiese percatado que a Néstor Aguirre algo le perturbaba el alma desde lo más profundo de su pensamiento.

En la discusión se habló de suicidios, de escenas macabras, de la existencia de infinitas formas de morir a propósito. Néstor no parpadeo cuando Gustavo expuso de manera sombría el método del lector; un modelo efectivo para personas cobardes. Néstor bebió un trago exagerado de cerveza después de escuchar que la mejor manera de quitarse la vida una persona miedosa sin llamar tanto la atención, era abriendo un periódico en medio de una autopista a plena luz del día.



Atrás quedó el noveno piso del edificio del seguro social de donde saltaban las almas en pena de la ciudad; también pasó de moda el pretil fortificado del viaducto García Cadena. Según Gustavo, la clave está en el paso que dé al frente quien simula leer. "Lo revientan en un segundo y no se da cuenta, santo remedio ¿he? Nadie sabrá que quería matarse." Todos recibieron esas palabras como un simple comentario y no como

consejo. Todos, menos Néstor.

Por último, resaltaron la utilidad del periódico que lleve el personaje que quiere despedirse de este mundo. Según el experto, el papel servirá más adelante para cubrir el cuerpo maltrecho; o en tal caso, la sangre y los sesos que quedan esparcidos sobre el pavimento.

Néstor Aguirre Zambrano iba y venía del recuerdo del método dicho por su amigo, al ruido de los carros que pasaban veloces por la autopista... De cuando en cuando una tractomula lo ensordecía temporalmente. Miró impaciente, por encima del hombro, que el semáforo había cambiado de color...

Caminó con la vista obstruida por el periódico abierto; tuvo suerte de no estrellarse con ninguna de las personas que cruzaban en sentido contrario por la marca peatonal. En cambio la gente que esperaba temporalmente frente a los semáforos lo miraron extrañados; algunos conductores, desde sus vehículos encendidos, lo tacharon de loco. Pronto llegó hasta la acera del otro lado y dio media vuelta. Era la tercera vez que hacía el mismo ejercicio. Bajó el diario a la cintura y dio pequeños pasos sobre el andén; como el bañista cobarde que trata de acomodarse en el extremo inestable de un trampolín.

Fue entonces que Néstor retomó por cuarta vez, paso por paso, el método del lector. La mañana era fría, las copas de los arboles se contoneaban por la brisa. A su derecha vio apagarse la luz roja del semáforo; no perdió un segundo en llevarse nuevamente el periódico ante sus ojos. Desde aquel refugio de papel escuchó los motores de los camiones con más intensidad. No era una columna de opinión sobre desfalcos estatales lo que empezó a leer en aquel momento. En cambio, se oyó así mismo murmurar la oración del Padre nuestro a toda prisa. La frase: "líbranos del mal" la dijo dos veces. Desesperado contó hasta tres. Sin darse cuenta, una página del diario (igual que un ave) salió despedida de sus manos...



Antonio Campillo Prada



Que la siguiente exhibición de dibujos sea arte, o no, es discutible. Depende del sentido, si se está hablando de obras de arte para la especulación, o si se quiere identificar en ellas el canon clásico de la época. Lo que sí puedo afirmar es que estamos disfrutando un hecho artístico, el producto del espíritu (construcción mental) gestual (expresivo) y físico (desarrollo de habilidades motoras), en este caso, siendo el dibujo, soporte de esta experiencia.

Los dibujos fueron extraídos del cuaderno de bocetos de María Alejandra, la mayoría de estos conservan el trazo libre, la búsqueda juguetona de las formas, experimentos genuinamente automáticos. Aquí pueden aparecer ciertos símbolos del subconsciente. Esta inmersión onírica, recorrido por riveras secretas en donde se mezclan los recuerdos, los deseos y los temores. ¿Incoherente? Definitivamente no. Tampoco revelador, simplemente, preguntas.

Otros parecen tener un sentido, en estos se nota el ejercicio deliberado de composición, anotaciones para algún trabajo, ideas abiertas. El inicio de un proceso, y esto es lo que puede dotar de valor esta pequeña exposición. La creación de un mundo visto desde una pequeña e indiscreta ventana, oportunidad que los artistas, pocas veces permitimos.

Bienvenidos.



